

EL SUPERVIVIENTE

WULF DORN

EL SUPERVIVIENTE



DUOMO EDICIONES

Barcelona, 2012

Título original: *Kalte Stille*

© Wulf Dorn, 2010 (www.wulfdorn.net). El autor representado por AVA international GmbH, Alemania (www.ava-international.de). Publicada por primera vez en 2010 por Wilhelm Heyne Verlag, Múnich, Alemania. Este libro fue negociado a través de AVA international GmbH, Alemania (www.ava-international.de) y Ute Körner Literary Agent, S.L. (www.uklitag.com).

© por la traducción, Bea Galán, 2012

All rights reserved

Primera edición en esta colección: mayo 2012

© Antonio Vallardi Editore, Milano
Duomo ediciones es un sello de Antonio Vallardi Editore
Calle La Torre, 28 bajos 1ª Barcelona 08006 (España)
www.duomoediciones.com

Gruppo Editoriale Mauri Spagnol S.p.A.
www.maurispagnol.it

DEPÓSITO LEGAL: B. 15.208-2012

ISBN: 978-84-15355-47-2

Diseño de interiores:

Agustí Estruga

Fotocomposición:

Grafime. Mallorca 1. Barcelona 08014 (España)
www.grafime.com

Impresión:

Grafica Veneta S.p.A. di Trebaseleghe (PD)

Printed in Italy – Impreso en Italia

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización por escrito de los titulares del copyright, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico, telepático o electrónico –incluyendo las fotocopias y la difusión a través de internet– y la distribución de ejemplares de este libro mediante alquiler o préstamos públicos.

*Para Harrison, Snoopy, Sumi,
Beh-ton y el resto de la vieja cuadrilla.*

Para los que fuimos y los que somos.

*Y para Volker, que volvió a reunir a la panda
en un cine que de hecho ya no existe.*

«¡Feliz aquel que reconoce el origen de las cosas!»

VIRGILIO

«And the vision that was planted in my brain
still remains within the sound of silence.»

SIMON AND GARFUNKEL,
«The Sound of Silence»

ANTES DEL SILENCIO

Sábado, 12 de enero de 1985

El limpiaparabrisas se arqueó sobre el cristal hecho añicos, retiró la nieve con un esfuerzo inaudito y regresó, agonizante, a su posición inicial.

Paralizado por el dolor, Bernhard Forstner se quedó mirando la marca que había dejado sobre la luna del coche, así como su empeño en continuar funcionando: arrastrándose de un lado a otro, parecía el saludo macabro de una mano raquítica y moribunda...

El motor falló justo después del choque. Los faros parpadearon por última vez y la noche quedó sumida en la más absoluta y fría oscuridad.

Forstner intentó por todos los medios controlar su volkswagen, pero iba demasiado rápido y la carretera estaba cubierta de nieve y hielo. Sin poder hacer nada por evitarlo, vio aterrizado cómo el bosque se le echaba encima y, tras un par de volantazos desesperados e inútiles (el coche ya no le obedecía), chocó contra el enorme tronco de un abeto con una violencia extraordinaria. El capó se arrugó como una hoja de papel, el cristal delantero estalló en mil pedazos... y apareció el dolor.

La escena duró apenas unos segundos, pero Bernhard Forstner fue plenamente consciente de cada detalle, como si lo hubiese vivido todo a cámara lenta. Y el tiempo que llevaba en el coche, unos diez minutos de momento, le parecía ya una eternidad.

Terco cual soldado que se negara a abandonar el frente, el limpiaparabrisas había seguido enfrentándose a los ejércitos de

nieve que fueron cayendo de las ramas del abeto, pero al fin fue abatido: un último latigazo, y se rindió.

También Forstner sentía que estaba a punto de desfallecer. Atrapado tras el volante, que lo empotraba sin compasión contra el respaldo de su asiento, era perfectamente consciente de que no le quedaba mucho tiempo.

Apenas podía respirar. Se sentía como si tuviera el pecho lleno de cristales rotos. Debía de tener varias costillas fracturadas, y al menos una de ellas le había perforado un pulmón. Lo sabía por la sangre que se veía obligado a escupir cada vez con mayor frecuencia. Además, no sentía los brazos ni las piernas, señal inequívoca de que su columna vertebral también había sufrido daños al quedar aplastada entre el asiento y el salpicadero.

Iba a morir, no cabía duda. Iba a perder la vida en aquel accidente absurdo. Como médico tenía claro que había llegado su momento. Estaba paralizado y tenía hemorragias internas. Sintió que el cansancio empezaba a hacer mella en él, dispuesto a llevárselo para siempre. No tardaría en perder la batalla que lidiaba contra sus párpados y acabaría cayendo en el sueño más profundo. El sueño del que nadie despertaba.

Pero algo en él, una voluntad irracional y férrea, se negaba en redondo a aceptarlo. Si moría en aquella carretera perdida en el bosque de Fahlenberg, si fallecía en aquel lugar abandonado de la mano de Dios, no sólo habría perdido él, sino también su hijo Sven. Sobre todo Sven. Su pequeño de seis años, quien para Navidad había pedido una estación nueva para su trenecito eléctrico y estaba convencido de que iba a conseguirla porque sabía que podía confiar en su padre.

Sí, Sven siempre había confiado en él, y ahora... la vida de su hijo corría peligro y seguro que el niño, dondequiera que estuviese, confiaba en que su padre iría a salvarlo.

«No puedo morir ahora.»

Forstner se aferró a aquel sentimiento con obstinación, esforzándose por no perder el conocimiento. Intentó concentrarse en

el viento helado que se colaba por la ventanilla rota del copiloto y le mordía la piel; pensó en el ruidito que dejaba escapar el motor del coche, cada vez más frío; trató de contar los «clic» que oía y establecer una secuencia de deceleración. Lo que fuera, con tal de no perder el conocimiento.

«No puedo morir ahora. No hasta que me encuentren.»

Qué objetivo más presuntuoso, le dijo su yo más racional. El pulmón iba inundándose de sangre minuto a minuto y el resto de los órganos no tardaría en colapsar. Pronto perdería el conocimiento. De hecho, ya empezaba a ver ante sus ojos aquel baile de imágenes del pasado, aquella mezcla cálida y amable de recuerdos de la infancia que se conoce como el «milagro neurológico»; aquel guiño del cerebro que, al sentir cercana la muerte, rescata las emociones más entrañables del ser humano para hacer que su despedida resulte más soportable. El último regalo de la Naturaleza antes de llevársenos para siempre.

A esas horas de la mañana, y sobre todo con ese tiempo, a nadie se le ocurriría tomar el camino del bosque. Como pronto lo encontrarían al mediodía, cuando las máquinas quitanieve hubiesen despejado ya las autovías y las carreteras principales y se dedicasen por fin a las secundarias. Pero entonces ya sería demasiado tarde. Tanto para él como para Sven.

Empezó a ver puntos de luz ante sus ojos. Primero débiles, después cada vez más intensos. Los añicos de color gris azulado de la luna delantera del coche empezaron a iluminarse. Estaba seguro de que no tardaría en ver el túnel y la luz blanca e intensa de la que hablan cuantos se han librado de la muerte en el último minuto. Sólo que él no se libraría de nada.

¡Aunque espera, no! Aquella luz no era una alucinación. No era un truco de su inconsciente para facilitarle el paso al más allá. ¡Las luces eran reales! ¡Eran los faros de un coche que se acercaba!

Forstner no tardó en oír el zumbido del motor, amortiguado por la nieve, pero real al fin y al cabo.

La esperanza le ayudó a renovar las fuerzas, y movió la cabeza en la medida en que se lo permitieron sus músculos desfallecidos y la encajonada posición en la que se hallaba.

El coche avanzaba lentamente hacia él. Los faros cuadrados resultaban ya inconfundibles... y entonces el conductor detuvo el motor y apagó la luz.

Una nueva oleada de dolor atravesó el pecho de Forstner como una flecha, pero su mente seguía aún lo suficientemente lúcida para entender que algo no iba bien.

«¿Por qué apaga los faros? ¿Por qué no sale del coche?»

Entonces, de pronto, una nueva luz volvió a iluminarlo. En esta ocasión no provenía del coche, sino de una linterna. Su haz era penetrante y se acercaba hacia él bamboleándose. Se oyeron unos pasos avanzando sobre la nieve hasta llegar a la ventanilla del conductor. Juraría que se trataba de un hombre. Forstner ni siquiera intentó mover la cabeza. Precisaba de todas sus fuerzas para hablar.

–Por favor... ayude... a mi hijo.

El desconocido no dijo nada. En lugar de contestarle, Forstner le oyó quitarse un guante y tomarle el pulso.

–Por favor... –jadeó de nuevo.

Quiso levantar la cabeza pero ésta volvió a desplomarse sobre el pecho sin que pudiera hacer nada por evitarlo. Puntos de luz, esta vez sin duda alucinatorios, se acumulaban tras sus párpados cerrados.

El hombre se alejó. Dio la vuelta al coche y forcejeó con una de las puertas traseras. Pero la carrocería estaba tan destrozada que le fue imposible abrirla. Forstner oyó varios golpes amortiguados antes de notar cómo estallaba una de las ventanas. Algo se arrastró por los asientos traseros y durante una milésima de segundo Forstner vio su maleta frente a sí.

Después, de nuevo los pasos. Y de nuevo la mano que le tomaba el pulso.

Bernhard Forstner se sentía incapaz de mover un solo músculo

de su cuerpo. Le costaba respirar y su pecho emitía un ruido que a esas alturas resultaba tan quedo como el resto de su cuerpo. Aun así, tuvo la lucidez suficiente para saber quién era el hombre que lo miraba.

Con un último y supremo esfuerzo, Forstner pronunció el nombre de su hijo.

–¿Qué... le... pasará?

Cada palabra fue acompañada de un reguero de sangre tibia que le llenó la boca de un amargo sabor a cobre.

–¡Shhh! –le dijo el hombre–. Enseguida se habrá acabado.

Lo último que atenazó el corazón de Forstner, el último gran sentimiento de su vida, fue la ira. Una ira tensa y desesperada.

–¡Vete... al infierno!

Sintió la presencia del otro junto a él. Muy cerca de su cara. Y le oyó susurrar:

–Hace tiempo que vivo allí.

Después, la oscuridad reinó para siempre.

I

Veintitrés años después

El silencio de aquel enorme despacho le resultaba insoportable. Sólo se oía el susurro del viento invernal al otro lado del cristal doble de la ventana; atravesando el recinto de la Clínica del Bosque, barría las últimas hojas de los árboles augurando frío y nieve y empotrándose contra los ventanales del regio edificio.

Jan Forstner intentó disimular su inquietud, ese opresivo desasosiego que le asaltaba siempre que el silencio reinaba a su alrededor, mas, por mucho que se afanó en evitarlo, sintió que despertaban en él viejos fantasmas; imágenes que le ponían la piel de gallina.

Noche. Nieve. El parque desangelado...

Si hubiese estado en su casa, o en el coche, habría encendido la radio. Cualquier canal. Lo que fuera con tal de romper el silencio.

Pero aquí, en el despacho del catedrático Raimund Fleischer, no le quedaba más remedio que aferrarse a un truco del inconsciente que ya había utilizado en muchas otras ocasiones: canturrear mentalmente la melodía de una canción pegadiza, la que fuera, la primera que le viniera a la cabeza, y concentrarse tanto en la música que al final le parecía estar oyéndola en realidad. En esta ocasión la escogida fue «Clocks», de Coldplay, que había estado sonando en la radio mientras él aparcaba el coche en el recinto del edificio de la administración. El ejercicio de distracción fue más efectivo que de costumbre. Los repetitivos acordes

de piano y el ritmo intenso de la canción resonaron pronto en su cabeza y disiparon los malos recuerdos.

Fleischer no advirtió nada de todo aquello. Sentado en su sillón de cuero con expresión ensimismada, el director médico del hospital psiquiátrico estudiaba los documentos de Jan como si quisiera aprendérselos de memoria. La imagen le hizo pensar en su padre, encerrado en su despacho después de cenar, hojeando informes y dictando sus ideas en una grabadora.

Si bien es cierto que, cuando nos hacemos mayores, los objetos y personas que protagonizaron nuestra infancia tienden a parecernos menos imponentes de lo que los recordamos, en el caso de Fleischer, Jan tenía que hacer una excepción. El director aún le parecía un gigante. Su chaqueta de cachemir se tensaba ligeramente sobre los hombros y hacía intuir un cuerpo bien trabajado. Al contrario que los demás catedráticos con los que Jan se había cruzado en su vida, Fleischer parecía conceder mucha importancia al aspecto físico, el deporte y la comida equilibrada. El psiquiatra tenía más de medio siglo de vida, pero su apariencia resultaba aún indiscutiblemente juvenil, en parte, sin duda, por la tupida cabellera grisácea que moldeaba con gomina. Con sus marcados rasgos, sus pómulos prominentes, sus arrugas de persona reflexiva entre las pobladas cejas y sus gafas para leer, Fleischer le recordaba a Gregory Peck en *Matar a un ruiseñor*. En caso de una nueva adaptación cinematográfica, estaba seguro de que el psiquiatra habría tenido muchas posibilidades de obtener el papel principal.

Jan paseó la mirada por el despacho. En la pared que quedaba a su derecha había una estantería llena de arriba abajo de libros de medicina y varios ejemplares de la publicación anual *Práctica Psiquiátrica*. En la cara opuesta de la habitación, una lustrosa mesa de reuniones con un jarrón lleno de flores recién cortadas en el centro. La pared que quedaba justo detrás de él acogía un cuadro abstracto de gran tamaño, en el que dominaban los tonos rojos y amarillos, y varios diplomas y fotos enmarcados.

La mayoría de aquellas fotos retrataban a Fleischer en festejos y congresos, pero había una, obviamente más antigua que el resto, en la que podía verse a un grupo de jóvenes sonriendo a la cámara con esa expresión típica de los recién graduados. Alivio y orgullo por haberlo conseguido, así como curiosidad por lo que estaba por venir. Jan reconoció a Fleischer de inmediato: era al menos un palmo más alto que el resto de sus compañeros, ya llevaba el pelo perfectamente engominado y sólo era ligeramente más delgado que ahora.

Algo más allá había dos fotos unidas en un mismo marco. En una, dos niñas jugaban en la arena mientras sus padres tomaban el sol en sendas tumbonas y saludaban al invisible fotógrafo. En la otra, dos bellas jóvenes flanqueaban a su padre y apoyaban las cabezas en su pecho, sonrientes.

—Mi mayor tesoro —dijo Fleischer, y sólo entonces Jan fue consciente de que el doctor lo estaba observando—. La mayor se llama Livia. Y a la pequeña le pusimos el nombre de su abuela: Annabelle. No me puedo creer que esté a punto de hacernos abuelos a nosotros...

Jan le devolvió la sonrisa.

—Los niños crecen más rápido de lo que uno piensa —dijo.

No se le ocurrió nada mejor que decir. Estaba demasiado nervioso para ponerse a charlar de naderías. Su futuro profesional dependía de aquella entrevista y no podía permitirse el lujo de que saliese mal.

En realidad ya se había resignado a la idea de no poder volver a ejercer como psiquiatra, pero entonces encontró en su buzón la invitación de Fleischer. Y ahora, por primera vez en mucho tiempo, volvía a tener esperanzas. Era consciente de que aún no había logrado nada, pero tras las numerosas negativas de los últimos meses aquella entrevista era al menos una oportunidad. Y quién sabe si volvería a tener alguna otra después de lo sucedido.

—Cierto, los niños crecen rápido y los padres *envejecen* rápido. ¡En fin!

Fleischer dejó escapar un suspiro justo antes de poner la carpeta con el currículum de Jan sobre la mesa y asentir con interés.

–Y por lo que aquí veo, Jan, tú también has crecido. Una trayectoria escolar extraordinaria, una licenciatura en Medicina por la Universidad de Heidelberg, varios años de residencia con colegas de renombre y una promoción excelente en tu especialidad, llevada a cabo, además, en una de las instituciones forenses más exigentes del país, en la que sin duda debiste demostrar que tenías nervios de acero. Mi más sincera felicitación. Bernhard estaría orgulloso de ti.

–El tema de mi tesis me interesaba desde hacía años –dijo Jan, casi disculpándose.

No estaba acostumbrado a los halagos.

–¿Los delincuentes sexuales? –Fleischer arqueó una ceja y se quitó las gafas que utilizaba para leer–. Un campo de lo más peliagudo, doy fe. Motivo de más para expresarte mi admiración por tu *Summa cum laude*. ¡Ahí me has superado! Si no me han informado mal, el método que desarrollaste para tipificar a los delincuentes pedófilos ha sido adoptado ya en varios centros.

–Bueno, sólo en dos, y en uno de ellos está aún en proceso de pruebas. Todavía no han decidido si lo implementan definitivamente...

Fleischer sonrió.

–Es como si estuviese ante tu padre. Era igual que tú, Jan, igual de ambicioso, pero igual de torpe ante los cumplidos.

–Perdón, no pretendía...

–Está bien, está bien –le interrumpió Fleischer con un gesto de la mano–. Yo lo prefiero así. Por eso admiraba a Bernhard: él era diferente, destacaba del resto. Ya en la universidad no tenía nada que ver con los típicos empollones arrogantes que se autoerigían en futuros dioses del conocimiento. Y me alegra sobremanera descubrir la misma humildad en ti. Me disgustan quienes se crecen con las alabanzas o el autobombo. Como bien dice el dicho: «Quien ya cree ser algo, renuncia a la posibilidad de seguir cre-

ciendo». En este sentido, Jan, tienes aún mucho futuro por delante.

«Por ahora mis perspectivas de futuro son nulas, y ambos lo sabemos», pensó Jan.

–Como imaginarás –continuó diciendo Fleischer–, antes de invitarte a venir he estado preguntando por ahí e informándome acerca de tu trabajo, aunque debes saber que nunca había dejado de seguir tus pasos, y menos aún después de vuestra..., bueno, después de la tragedia. Me encantó enterarme de que habías tomado la misma trayectoria profesional que Bernhard, si bien en otra especialidad. –Dio unos golpecitos a la carpeta y dedicó a Jan una mirada de complicidad–. Los motivos que te llevaron a hacer tu elección son bastante obvios y tu currículum no deja lugar a dudas. La pregunta ahora es... ¿has avanzado algo en tu búsqueda de la verdad?

Jan tragó saliva. Se había preparado a fondo para aquella entrevista, había contemplado todas las preguntas posibles y sabía muy bien que iba a tener que lidiar con dos grandes toros. Por supuesto, Fleischer estaba hablando de Sven. Había llegado el momento de dar la primera estocada.

Sea como fuere, siempre que alguien mencionaba el nombre de su hermano le parecía que todo acababa de suceder el día anterior. Jan había estado preguntándose cuál sería el mejor modo de abordar el tema. Sabía que Fleischer esperaba oír la verdad, pero esa verdad era muy personal. De todos modos, no debía –ni podía– engañar a alguien que lo conocía desde que era un bebé, así que decidió tratar el asunto con la mayor objetividad posible.

–Para serle sincero, no sé si he avanzado algo. Quería conocer los motivos del autor del delito para intentar comprender por qué pasó lo que pasó. Cada año se denuncian en Alemania casi doce mil casos de abusos sexuales a menores. Es una cifra terrible, y seguro que el número real es mucho mayor. Pero lo más terrible de todo es que sólo el ochenta por ciento de estos casos acaba resolviéndose.

Jan notó que le temblaban las manos. Se sentía indispuerto. Hubiera querido levantarse y salir corriendo de allí, pero aquello habría supuesto el fin de su carrera. Estaba ante su gran oportunidad de empezar de cero, y lo único que tenía que hacer para lograrlo era ser sincero con Fleischer.

El director de la clínica pareció leerle los pensamientos. Lo miró comprensivamente y asintió con la cabeza para darle ánimos.

Jan respiró hondo antes de continuar con su explicación:

–En algún lugar de esta estadística se halla también el caso de mi hermano, del que no se hallaron más que sus... –tuvo que hacer un esfuerzo para que no se le quebrara la voz– calzoncillos en un área de descanso de la autopista. Nunca recuperamos su cuerpo ni encontramos al secuestrador. Y lo que sucedió con el resto de mi familia... Bueno, usted ya lo sabe.

Fleischer miró por la ventana, turbado. El cielo tenía un color azul plumizo.

–Sí, lo sé. Y no sabes cuánto lo siento.

–He buscado respuestas –dijo Jan–. He hablado con delincuentes sexuales. La mayoría, hombres. Tipos de todas las clases sociales. Profesores, obreros, parados, alcohólicos, sacerdotes..., una vez, incluso, un psiquiatra. Y he descubierto que todos ellos tenían dos cosas en común: por una parte sentían atracción hacia sus víctimas (hablaban de amor y cariño), pero por otra no mostraban el menor escrúpulo a la hora de matarlas por miedo a ser descubiertos. –Se encogió de hombros y continuó–: Desde un punto de vista psiquiátrico, manifestaban todos una impulsividad, una falta de remordimientos, una ausencia del sentimiento de culpa, que podría haber tomado como modelo de conducta generalizado y aceptar como respuesta a mis preguntas. Pero no lo he hecho. No tengo suficiente con esto. No en el caso de Sven, que sigue desaparecido.

Ya estaba, lo había dicho. Jan sintió que su tensión remitía levemente. Por fin había logrado hablar sobre el capítulo más oscuro de su vida, aunque para ello hubiera tenido que adoptar el tono de un conferenciante.

–Mi padre me dijo en una ocasión que la vida podía plantearnos preguntas para las que no teníamos respuestas –añadió–. He tardado mucho en aceptarlo, pero ahora pienso que tenía razón. Quizá sea éste, al fin y al cabo, el verdadero resultado de mi búsqueda.

Durante unos segundos volvió a hacerse el silencio, aquel silencio insoportable, y al fin Fleischer apartó la mirada de la ventana y observó a Jan.

–Has dedicado mucho tiempo a encontrar respuestas, Jan, y has sido muy valiente. Lástima que al final te pasaras de la raya...

De acuerdo. Ahí entraba el siguiente toro: su desmoronamiento. El motivo por el que estuvo a punto de perder su licencia médica. Lo primero había sido mostrar a Fleischer el camino que lo había llevado hasta allí. Ahora se trataba de ver si lograba convencerlo de que había aprendido de sus errores. Todo dependía de aquella cuestión.

–Bueno, aunque en aquel momento me negara a reconocerlo, lo cierto es que hace apenas un año vivía bajo mucha presión –dijo Jan–. Mi trabajo como perito forense y jefe médico de la unidad ocupaban todo mi tiempo, y yo me lo tomaba como un desafío laboral y una magnífica posibilidad de medrar en el oficio. De continuar así, habría tenido muchas posibilidades de convertirme en jefe de psiquiatría pues el anterior estaba a punto de jubilarse. Había días que trabajaba las veinticuatro horas. Poco antes de aquello mi mujer me había pedido el divorcio y yo se lo había concedido. Estábamos buscando un comprador para nuestra casa. Fue entonces cuando llegó a mis manos el caso Laszinski, que se convirtió en la gota que colmó el vaso. Por desgracia no he sabido entenderlo hasta ahora, que ya ha pasado todo.

–Laszinski –dijo Fleischer, haciendo una mueca–. Qué historia más fea.

Lo era, desde luego. El caso de Peter Laszinski había causado sensación en el mundo entero. Fue un regalo para la prensa sensacionalista.

Hasta su detención, el sacristán Laszinski, de cuarenta y siete años, había llevado una vida discreta e insignificante en una pequeña comunidad. Tenía fama de ser educado aunque reservado, y todos atribuían su soltería a la sombra de una madre demasiado estricta y dominante. El hombre sacrificó muchos años de su vida para cuidarla, y, cuando al fin murió de cáncer de intestino, no fueron pocos los que hablaron de liberación para el pobre Peter.

En enero del año pasado, cuando desaparecieron dos niñas del pueblo en el que vivía el sacristán, a nadie se le ocurrió pensar ni barajar siquiera la posibilidad de que él pudiera tener algo que ver con el asunto. Sólo más adelante, cuando la policía dio con una red de pornografía infantil en internet, saltaron las alarmas sobre Laszinski. Doce días después de la desaparición de las niñas, la policía confiscó su ordenador, en el que encontraron miles de fotografías y vídeos porno. En una entrevista, un portavoz de prensa de las autoridades confirmó que las grabaciones contenían prácticas de sadismo de una crueldad terrible.

Después de aquello registraron la granja de Laszinski y encontraron a las dos pequeñas secuestradas. Una estaba muerta. La otra sobrevivió, pero pasó mucho tiempo en cuidados intensivos. Según se descubrió más adelante, Peter Laszinski llevaba tiempo planeando el secuestro: construyó con sus propias manos dos celdas en el interior de la granja y encerró a las niñas por separado.

Tras la primera charla con él, en la que Laszinski le explicó sin inmutarse todo lo que llevó a cabo en aquel lugar, Jan se preguntó si estaba capacitado para ocuparse de aquel caso. Ahora, con la perspectiva del tiempo, comprendía que en aquel momento tenía que haberse plantado y rechazarlo.

Pero algo en aquel crimen le llamaba poderosamente la atención y le obligó a seguir adelante. Laszinski no cuadraba con el perfil del pedófilo al que Jan estaba acostumbrado. Su comportamiento no había sido impulsivo ni espontáneo. Y algo en su interior le decía que el secuestrador y posible asesino de Sven debía de haber tenido el mismo perfil.

Las imágenes de las descripciones de Laszinski se instalaron en las pesadillas de Jan durante mucho tiempo. El sacristán no violó a las niñas. Ni siquiera las tocó después de haberlas secuestrado, pero las obligó a desnudarse y a arrodillarse sobre el arenoso suelo de la granja y rezar el avemaría cada tarde, muertas de frío. Después tenían que tomar lo que él dio en llamar «la comunión»: un vaso de leche en el que previamente había eyaculado. Al principio las niñas se negaron a probarlo, pero, al cabo de unos días, el frío y el hambre las llevaron a obedecerle en todo.

La indiferencia con la que Laszinski le explicó todo aquello dejó a Jan paralizado. Pese a todo, exigió interrogarlo una segunda vez para confirmar su diagnóstico psiquiátrico. Y fue entonces cuando tuvo lugar el funesto episodio.

Ni siquiera recordaba por qué había saltado, pero sí que sólo logró calmarse cuando dos agentes del hospital lo aplacaron y lo sacaron de la habitación. Entonces vio a Laszinski gimiendo sobre un charco de sangre en una esquina de la sala, y se vio a sí mismo también ensangrentado. Un poco después le dijeron que se había levantado de pronto, había arremetido contra el sacristán y le había propinado una paliza soberana.

Ahora...

Ahora sólo esperaba que Fleischer no le preguntara cuál había sido el detonante de aquella pérdida del control, porque no tenía ni la más remota idea.

Fleischer no dijo nada. En lugar de eso volvió a asentir con la cabeza para reconfortarlo.

—Después de aquello me mudé de casa —continuó Jan—. Un amigo de la facultad con el que aún mantengo contacto me ofreció su piso durante un tiempo, así que me fui a Allgäu. La distancia me sentó bien. Poco a poco fui recuperando la estabilidad y ahora creo que ya estoy en condiciones de volver a empezar.

Fleischer sonrió y su voz se tiñó de un tono paternal.

—No sé qué habría hecho yo en tu lugar, Jan. No es que apruebe tu conducta, ni mucho menos, pero no me viene a la mente el

nombre de ningún colega que en tu situación hubiese sido capaz de mantener la calma. Teniendo en cuenta la carga que arrastras, considero que las críticas de quienes te han crucificado son ciertamente exageradas. Por eso te he invitado a venir. Creo que un joven tan inteligente y ambicioso como tú bien merece una segunda oportunidad. Y para que nos entendamos: esto no tiene nada que ver con la amistad que me unía a tu padre. Mi oferta sólo se basa en tus capacidades.

–Gracias –dijo Jan–. No se imagina cuánto se lo agradezco.

Fleischer asintió y se inclinó de nuevo sobre la mesa provocando un gemido de su sillón de cuero.

–Retoma aquí las riendas de tu vida, y cuando lleves ya un tiempo trabajando en psiquiatría nadie tendrá el menor interés en recordar tu pasado. De todos modos... –miró a Jan directamente a los ojos– la oferta tiene una condición.

Jan le sostuvo la mirada.

–¿De qué se trata?

Fleischer movió la cabeza como si quisiera zarandear las palabras en su interior, y por fin dijo:

–Mira, Jan, no me parece posible que después de tantos años intentando superar el trauma de tu infancia hayas conseguido pasar página, sin más. Ambos llevamos en este oficio el tiempo suficiente para saber que eso no puede ser cierto.

Jan sintió un ligero escalofrío. Fleischer tenía razón, por supuesto, aunque no podía evitar sentirse en cierto modo ofendido por el comentario.

–Doctor Fleischer, le aseguro que estoy en perfectas condiciones para trabajar. Mi amigo de Füssen, el que me ayudó, es un magnífico psicoterapeuta y trabajó conmigo en este sentido. Se lo demostraré si me da una oportunidad. Le aseguro que no se arrepentirá...

–Te creo, te creo –le interrumpió Fleischer–. Pero como médico y amigo te aconsejo que continúes con una terapia. Tengo un viejo amigo, el doctor Norbert Rauh, que hace poco volvió a tra-

bajar con nosotros. Estoy convencido de que él podría ofrecerte una terapia de lo más exitosa, llevada con absoluta discreción, por supuesto.

Jan comprendió lo que Fleischer pretendía.

—¿De modo que ésta es la condición?

—Lo hago por tu bien, Jan —dijo Fleischer, asintiendo—. Evidentemente puedes negarte, pero te aconsejo que, cuando menos, te lo pienses. Me gustaría poder ayudarte realmente, y no sólo ofrecerte un puesto de trabajo. Tienes que estar limpio para poder volver a empezar, y estoy bastante seguro de que tu padre pensaría lo mismo que yo. Escucha la voz de tu conciencia y verás que tengo razón.

Jan miró por la ventana, pensativo. ¿Acaso tenía elección? ¿Podía permitirse rechazar la condición de Fleischer? No, si pretendía rehabilitarse lo antes posible. Si declinaba aquella oferta, tarde o temprano necesitaría dinero y tendría que aceptar algún trabajo temporal, lo cual significaría el final de su carrera. Porque, ¿qué clínica del mundo aceptaría contratar a un médico que fue temporalmente cesado por agresión y que durante un tiempo trabajó vendiendo comida rápida o entregando paquetes a domicilio?

Y su cuenta empezaba a estar muy cerca de los números rojos. Su divorcio y la falta de un sueldo fijo se habían comido ya casi todas las ganancias que obtuvo con la venta de su casa, y durante un tiempo su única fuente de ingresos fue el alquiler de la casa de sus padres —que no era muy alto, y además le obligaba a reinvertir una parte en su mantenimiento, pues era muy antigua— hasta que los inquilinos se marcharon y aquello también acabó.

Por supuesto, podía intentar venderla y pasar así un tiempo a la espera de recibir otra oferta laboral, pero la crisis había hecho caer en picado los precios de los inmuebles y habría sido muy mal negocio.

Pero, sobre todo, Jan sabía que tenía muy pocas posibilidades de conseguir en algún otro hospital un puesto como el que le estaba ofreciendo Fleischer. Y quizá él tuviese razón. Quizá había

llegado el momento de someterse a una terapia, más allá de hablar con un amigo sobre sus problemas. Cuando menos, valía la pena intentarlo.

–Está bien –dijo, y vio que el rostro de Fleischer se iluminaba–. Acepto. ¿Cuándo puedo empezar?

–Este mismo lunes, si te parece bien.

De nuevo en el aparcamiento, Jan alzó la vista hacia la ventana del despacho de Fleischer. Había una pregunta sobre su pasado que le habría encantado formularle, pero durante su entrevista prefirió no hacerlo. Fleischer habría creído que aún no había pasado página, y, además, lo más probable era que tampoco él hubiese podido darle una respuesta.

«A veces la vida nos plantea preguntas para las que no tenemos respuestas –pensó mientras se metía en su coche–. Pero siempre nos ofrece la posibilidad de empezar de nuevo.»